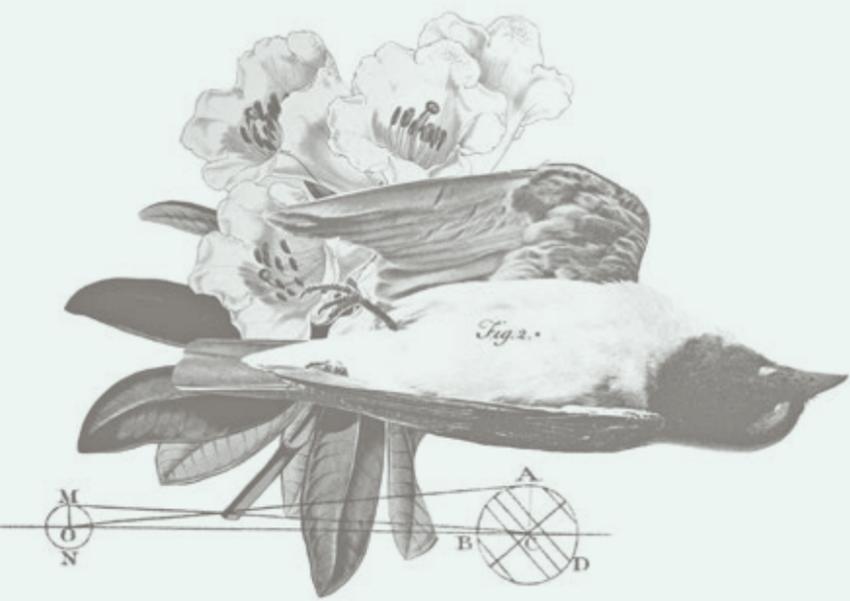


# palabra

Universidad de Antioquia

Y estás en la memo  
La memoria para n  
Lalinde / Los incor  
Valencia y Pastor Ala  
Alonso Salazar y Will  
diversidad y exclus  
Giraldo / Vivir la in  
Juan Carlos Henao /  
Gaviria y Pablo Mon  
Gilmer Mesa y Juan C  
hambre y la sed · Á  
cine, un narrador d

28 de febrero de 2019



# Alonso Salazar y

# William Fredy Pérez

## ¿POR QUÉ NOS MATAMOS?

Los invitados a esta charla admitieron desde el principio lo complejo que es tratar de dar respuesta a la pregunta de por qué nos matamos; sin embargo, al mirar el contexto nuestro, se aventuraron a plantear algunas hipótesis sobre esa tendencia a eliminar al otro. William Fredy Pérez, abogado y director de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, señala como una posible causa esa incapacidad para admitir que el otro disienta, pues esa manía por pretender “tener la razón” puede llevar a acciones letales. Por su parte, el escritor y periodista Alonso Salazar manifiesta que esa violencia que vivimos en los años 90 en Medellín, nos llevó a pensar un poco en ciertas problemáticas que antes no se habían mirado con atención, como era el crecimiento de la pobreza en algunos sectores de la ciudad, así como la necesidad de empezar a buscar alternativas para los jóvenes, uno de los grupos poblacionales más frágiles e ignorados hasta el momento, afectados de manera muy directa por los procesos violentos.

**JUAN DIEGO MEJÍA** —Reiniciamos este programa con esta pregunta que la Universidad nos plantea: ¿Por qué nos matamos? Una pregunta fuerte que tiene muchas formas de mirarse, y por eso hoy tenemos a dos pensadores de esta ciudad: William Fredy y Alonso Salazar. Ambos son investigadores que han trabajado y reflexionado mucho esta sociedad y que presentan dos estilos diferentes de mirar la ciudad y sus problemas.

Hablando antes con William, me decía que en la Universidad no se abordan los asuntos como los abordaría un ciudadano común, entonces nosotros, en vista de que tenemos una metodología y unos compromisos con el análisis, tendríamos que descomponer la pregunta y cuestionarnos primero: ¿Nos matamos? ¿Quiénes nos matamos? Considero que este tipo de análisis va a ser útil para todos nosotros y, en particular, tengo muchas expectativas en esta conversación, a pesar de lo difícil del tema, pues cuando uno tiene dos interlocutores de esta categoría podemos esperar reflexiones importantes.

Así que creo que la pregunta de por qué nos matamos apunta también a la naturaleza de lo que somos, a esa gran pregunta que se hace el arte, la ciencia, que se hace el hombre en todas las manifestaciones de la vida: ¿Qué somos como sociedad y como personas? Quisiera darle primero la palabra a William, porque ya lo involucré en la conversación con eso de cómo abordamos este tema.

**WILLIAM FREDY PÉREZ** —Gracias a Gisela por la invitación y a ustedes. Hay gente que sabe mucho de las cosas y uno apenas balbucea dos o tres. Con respecto a lo que mencionó Juan Diego sobre la precisión de la pregunta, no es que una persona del común no la pueda resolver porque

no sepa, sino que en la Universidad hay ciertos imperativos metodológicos y de precisión que la condicionan; de modo que esta pregunta de por qué nos matamos, es una pregunta que seguramente un académico la descompondría y empezaría a preguntar aspectos como los que usted sugirió, ya que el por qué nos matamos contiene una afirmación: nos matamos, pero entonces ¿quiénes?, ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿con qué medios?, ¿de qué manera?, etc.

Por supuesto que esta noche no vamos a hacer un ejercicio de investigación tan exigente como ese, pero sí vamos a analizar algunas ideas y unas hipótesis nuestras y de otros, sobre las razones por las cuales las personas les quitan la vida a otras en esta ciudad, lo cual se hace de formas distintas o en cantidades mayores con relación a otras urbes. Por lo tanto, yo entiendo el título como una invitación, no solo a responder esa pregunta de la manera como acabo de sugerirlo, sino también a pensar que la proposición no es gratuita, pues nos estamos matando y otra vez están creciendo los indicadores, entonces ¿qué pasa? Uno podría incluso aventurar una respuesta rápida, muy personal, pero que constituye una hipótesis improbable: nos matamos porque no hemos logrado descartar la idea de matarnos.

Qué pereza vivir en una ciudad en la cual uno no pueda tener una discusión con otro, porque una de las posibilidades que se considera es que alguien puede perder la vida; pero esto que estoy afirmando es improbable, ya hablaremos de otras razones por las cuales, según quienes han estudiado el fenómeno, se podría llegar a matar. Debo anticipar también que, por lo visto, en Medellín hay una convicción bastante difundida y

documentada sobre lo que llaman “la razón”. La razón sería el enfrentamiento entre organizaciones criminales o la proliferación de organizaciones delincuenciales.

Esta es una respuesta, es un buen camino, pero es insatisfactoria porque no es una razón por la cual nos matamos, es un mecanismo por medio del cual se produce la muerte violenta de otro; entonces tendríamos que extender la pregunta y cuestionarnos más bien: ¿por qué se forman, se sostienen y proliferan las organizaciones criminales en Medellín? Si esa es la búsqueda, entonces se presentará una derivación muy extensa y perfilaremos puntadas más o menos desordenadas, pero la trataremos de abordar sin salirnos de esa pregunta y, sobre todo, de la preocupación que ella sugiere, pues estamos preocupados por tanto homicidio que hay en la ciudad.

**JDM** —Yo sé que hay muchas formas de abordarlo, pero Alonso, quisiera preguntarte si el título de ese libro, el de principios de los años noventa, *No nacimos pa' semilla*, podría ser la explicación que dio un sector de la ciudad. ¿Por qué nos matamos? Porque “no nacimos pa' semilla”.

**ALONSO SALAZAR** —Muchas gracias también por la invitación. Yo en realidad quedé muy paralizado con la pregunta, se los confieso, porque es tan general, tan universal, que no es fácil encontrar una respuesta. De todas maneras quisiera proponer que avancemos un poco más en la mirada de Medellín en su contexto, por lo menos en el latinoamericano.

Creo que si nos propusiéramos más, desde el punto de vista de estudios, ver lo que sucede en México o Brasil, veríamos muchas cosas en común, supongo yo, y si nos

comparáramos con el Cono Sur veríamos unas diferencias extraordinarias, no solo en el número de homicidios, —por ejemplo Chile tiene 3 homicidios por 100.000 habitantes—, sino en las posibles razones y en la manera cómo funcionan las instituciones. De las 50 ciudades más violentas del mundo, 47 están en América Latina, y eso es algo que ya amerita una reflexión en general, relacionada con el mundo católico versus el mundo anglicano, versus el mundo calvinista, y cosas de ese tipo.

Dentro del contexto latinoamericano pensábamos al inicio de los años 90, con *No nacimos pa' semilla*, que Medellín era la única ciudad que iba a vivir eso y en realidad lo que pasó fue que Medellín anticipó lo que se fue propagando por todo el continente, con dos características: en primer lugar, la violencia hizo pensar en las ciudades; hasta entonces las ciudades no se pensaban, no solo en los índices de pobreza y todo esto, sino también en los procesos de poblamiento, en la manera como se tejen o se fracturan, y los urbanistas hoy, en distintos países, tienen una actividad muy intensa tratando de entender y ver cómo las posibles intervenciones de lo que aquí terminó llamándose urbanismo social, pueden ayudar a contener procesos violentos. Lo segundo fue que la violencia visibilizó los jóvenes, hasta entonces, prácticamente la juventud no existía y apareció algo que se llamó los “juvenólogos” o “juventólogos” y creo que es algo muy importante porque focalizó la atención, en algún momento, sobre un sector poblacional inmensamente frágil, afectado de manera muy directa, en esos tiempos, por los procesos violentos, que necesitábamos rescatar o reincorporar a una perspectiva de vida.

Yo creo que hemos tenido varias influencias muy fuertes en Colombia y en Medellín, como lo son las milicias guerrilleras y el narcotráfico, pero quiero resaltar el tipo de narcotráfico que hemos tenido, al cual le veo tres características que me parece importante mencionar: la primera es que es un narcotráfico que desde el inicio usó de manera desmedida la violencia; comparativamente, por ejemplo, con el cartel de Cali, a estos de aquí les gustaba matar, no solo en lo que implicaba el manejo de una economía ilegal, sino más allá, como un acto de soberbia, de dominación. En segundo lugar, es un narcotráfico que heredó un fenómeno cultural que persiste, tal vez como solo puede verse en algunas ciudades mexicanas, donde el crimen y lo religioso están refundidos, especialmente en la idolatría a la imagen de la virgen y todas esas cosas que ya están descritas en distinta literatura. Una tercera característica es que específicamente Pablo Escobar desafió al Estado, creo que hace mucho tiempo no había un antecedente, ni se ha visto en tiempos recientes, que un hombre, desde el mundo de lo que podríamos llamar “delincuencia común”, use más rápido las formas de la violencia política, como el terrorismo y el secuestro, que incluso la propia guerrilla y logre someter al Estado, pues creo que eso fue lo que pasó en 1990, cuando hubo una ley diseñada para ese sometimiento y una cárcel diseñada por él mismo.

Entonces en este contexto, no podemos entender cómo los fenómenos de la violencia han estado tan intrincados en los tejidos, en las formas de ser y de actuar de la gente de la ciudad en general. Recientemente leí un libro de Jorge Franco en el que vi que por primera vez

se atiende el tema de la violencia en la clase alta y también vi otro de Laura Restrepo sobre el crimen de la niña Samboní, lo que me parece muy importante, pues siempre hemos focalizado la mirada en los sectores populares, y aunque allá reviente la ola, la ola tiene un recorrido mucho más largo y ese recorrido tiene que ver con los otros sectores sociales. Yo mencionaría esto inicialmente para no extenderme.

**JDM** —Me parece muy pertinente todo lo que has dicho, ahí hay muchos factores: el tema de cómo la violencia visibilizó a la juventud es cierto, la juventud es un fenómeno relativamente reciente, que creo está asociado con Mayo del 68 en el mundo, pues antes se pasaba de la infancia directamente a la adultez; mi papá nunca me habló de que fuera joven, sino que fue niño y luego hombre con responsabilidades, pero a nosotros nos tocó el tema de la juventud y empezó a verse en ciertos círculos cultos, pero es la violencia en estos barrios populares la que llevó a descubrir que habían unos jóvenes que tenían unos anhelos.

Este punto me parece muy importante, pero quisiera que antes de que llegáramos ahí, William, ensayáramos una explicación de varios estados por los que hemos pasado, como la violencia política, la violencia del narcotráfico, estados que nos han llevado a que nos matemos, ¿qué tienen en común? Porque yo creo que tiene que haber alguna razón que explique por qué somos tan propensos a la violencia; es más, hace poquito hablaba con unos amigos y me decían: “¿Vos sabés que los perros en otras partes del mundo no le ladran a uno? Son tranquilos, uno pasa y no lo molestan, en cambio aquí los perros

están contagiados de algo, hay una furia contenida y se nota ahí mismo cuando alguno pasa cerca de uno”. Yo no creo en ese argumento que dice que como provenimos de españoles violentos, nacimos con ese ADN de la violencia, creo que ese es un asunto social y me voy más por el materialismo dialéctico para dar una explicación, pero no sé William qué nos podés decir al respecto.

**WFP** —Yo estoy de acuerdo, eso es como tratar de encontrar en otras partes gente que vaya con las llaves del carro por la calle, eso es muy nuestro: “Yo no soy cualquiera, tengo coche”, el carro entre nosotros no es necesariamente para transportarse, es para chicanear, pues esta es una sociedad en la que el carro da estatus, aquí la gente usa carro para 3 kilómetros, porque sabe que va ganando cuando se baja de ahí, pero bueno esto es una tontería para igualarla con lo de los perros.

En general aquí se han producido en los años 90 muchos trabajos sobre eso, dentro de ellos recuerdo los trabajos del profesor Duque. Si hay algo entonces que caracteriza a esos estados es justamente la violencia; la violencia atraviesa, aparece como la vigilancia privada que crece independientemente del régimen político, de las condiciones económicas de depresión o prosperidad. La violencia ha atravesado todos los estados con insurgencia más o menos, con conflicto armado o no; tenemos niveles de violencia importantes comparativamente, pero si se los ve en sí mismos, por supuesto que vemos diferencias: los años 2000 en adelante son una cosa distinta a los años 90.

Esa violencia y, en particular la violencia homicida, ha tratado de ser explicada aquí de muchas maneras. Los

trabajos del profesor Duque abordan el tema del alcohol, tema que generó incluso decisiones de política pública concretas como la restricción de la ley seca, la restricción horaria, etc.; entonces nos matábamos porque bebíamos. Sin embargo, uno iba a mirar cifras y se encontraba que solo el 18%, en promedio, por los últimos ocho años, de las víctimas de homicidio estaban bajo el estado de embriaguez, a lo que se concluía: “Entonces el riesgo es estar sobrio”. Otra hipótesis fue que nos estábamos matando en Medellín porque teníamos un problema de tejido social y entonces la reconstrucción del mismo se convirtió, en los años 90, en una preocupación central a la que se le invirtió mucho dinero, pero entonces uno decía: “Profe, pero ¿por qué hay menos homicidio en El Poblado, si allá los vecinos ni se conocen? ¿A qué tejido social se refiere usted?”.

En ciudades tan vertiginosas como estas, que están en medio de un conflicto armado, que tienen tanta organización criminal de distinto tipo, donde el narcotráfico estuvo atravesando toda su historia y donde es difícil dar explicaciones, siempre hay una contingencia que permite abrir luces. A mí me causa mucha gracia que durante los años 90 nos matábamos porque estábamos borrachos, porque estábamos armados, porque no había suficiente vigilancia... pero, a principios de siglo, apareció un montón de gente desmovilizándose y diciendo: “No, nosotros lo hicimos sobrios e incluso usamos la vigilancia para facilitar nuestras acciones”. Todos esos episodios de desmovilización paramilitar presentaron causas diversas para explicar el acto de matar, que incluso contradecían lo que se había pensado hasta el momento.

Todo esto para decir que es muy difícil encontrar una explicación en Medellín para el homicidio, es un fenómeno suficientemente complejo. Personalmente pienso que no hay una explicación, no hay una teoría, sino que uno tiene que usar afirmaciones teóricas integradas para explicar los fenómenos de homicidio, y no hay que asustarse, en ciencias sociales es difícil encontrar una teoría explicativa para todo. Esa es la dificultad que tenemos en Medellín: mirar el homicidio en cada lugar y es nuestra labor examinar las variables que convergen ahí.

**JDM** —Ahora quería preguntarte si en este análisis deberíamos incluir las muertes por conflicto, que son distintas de las muertes por una reacción individual, y que son ocasionadas por grupos armados que por convicción deciden llegar a las armas.

**WFP** —A la organización de la violencia, eso que llamamos guerra, se le atribuye un montón de muertes, pero aquí hay suficientes trabajos que ya van depurando qué muertes se pueden atribuir al conflicto armado, cuáles se pueden atribuir a una guerra entre bandas delincuenciales y qué muertes se pueden atribuir a una reacción espontánea, pero en todos los casos siguen siendo cifras comparativamente muy altas, e insisto en que tenemos que seguir buscando las razones.

Alonso menciona que al menos fue esta pregunta la que nos llamaron a responder y no la pregunta de qué hacemos para que no nos matemos más, porque un problema es encontrar factores asociados al homicidio y otro problema es acertar con las políticas que nos permitan intervenir ese factor, porque podemos equivocarnos y agravar el fenómeno o podemos equivocarnos

y gastarnos la plata inútilmente. Hoy, por ejemplo, se cuestiona la decisión de política local, que enfatiza en las capturas como una solución para el problema, ya que si uno hace el análisis, a largo plazo, un homicidio no es una foto, detrás de un homicidio hay una historia muy larga y personal, es decir, el muchacho o el viejo que llega en un momento específico a oprimir un gatillo o que llega a ser la víctima, tiene detrás un montón de causalidades y factores asociados que influyen en ese momento.

Los análisis estadísticos y las correlaciones directas no sirven mucho para identificar esto, pues simplemente se manda un indicador de dónde está muriendo la gente. Hace tiempo, por ejemplo, se decía que una zona específica tenía la cifra más alta de homicidios y entonces ahí se debía intervenir, pero resulta que la mayoría de homicidios no eran de esa comuna, sino que se delineaban nuevamente las zonas en Medellín y se corrían tres cuadras en el mapa, y ya esa zona tenía más homicidios que otras o no se incluían en los homicidios las tentativas. Lo que quiero decir es que existen muchas variables que distorsionan las conclusiones. ¿Cuál es la diferencia entre producir la muerte de otro o disparar y no pegarle y darle al muro?, ¿esa pregunta no deberíamos también incluirla cuando hablamos de violencia homicida?, ¿qué hace la diferencia? Porque eso también es violencia homicida.

Pero contando con los datos que por los menos se tienen, nosotros debemos seguir indagando, pues si logramos detectar el factor, logramos detectar también cómo lo intervenimos de manera que no nos equivoquemos y que no nos gastemos la plata inútilmente. Retomo el tema de las capturas, pues parece que es el factor que

estamos interviniendo con mayor fuerza en los últimos tiempos, el cual parece no tener efecto y si no ha tenido impacto serio es porque algo está fallando. Detectamos el factor, por ejemplo, las bandas, lo intervenimos: se capturan a los cabecillas, pero no es efectiva la política, es eficiente porque se capturan muchos, pero no es efectiva, porque no se deja de matar. Esa es la diferencia entre efectividad y eficiencia. Yo insisto, si el problema son las bandas, la pregunta importantes es: ¿Por qué las personas integran las bandas, permanecen en las mismas y prosperan en ellas? Y ahí encontraremos factores distintos para dirigir los recursos.

Alonso nos va a contar la experiencia de un programa que yo siempre defendí, un programa con acciones particulares que buscaba cerrar la oportunidad delin cuencial y abrir la oportunidad social. Una política así, sostenida en el tiempo, da resultados, pero que nadie sueñe que hoy empezamos a construir colegios y dentro de tres meses va a bajar la tasa de homicidios. Eso no funciona así, las políticas sociales tienen resultados a largo plazo. Sigo pensando que ese programa era la vía adecuada, el problema es que hubo una interrupción.

**JDM** —Alonso, esa pregunta que hace William la podrías contestar: ¿Por qué la gente integra bandas? Será porque la banda produce ese efecto de bola de nieve, es decir, yo mato a alguien, el otro se venga de mí y eso produce más dolor y va creciendo y cuando menos pensamos, ¿eso no lo para nadie? Esa pregunta sé que te la has hecho muchas veces, entonces sería bueno que compartas qué elementos de análisis has considerado para determinar por qué los muchachos integran bandas.

AS —Esta ciudad y, en general, este país necesita una agenda social. El nivel de desigualdad y de inequidad sigue siendo profundo. Hay asuntos que los municipios relativamente podrían resolver, como lo es el acceso a servicios básicos, educación, salud, mejorar entornos urbanísticos, en fin, pero hay otros aspectos que sí dependen de políticas nacionales, porque distribuir realmente las riquezas, es un tema de leyes y de la economía general y no de la voluntad de un alcalde.

Hace poco estuve en una evaluación del programa Buen Comienzo y me sentí de verdad muy orgulloso porque vi una cantidad de niños y niñas, que hoy son adolescentes, con una solvencia en los desempeños. Este estudio lo hizo la Escuela Nacional de Salud Pública de una manera independiente y el balance es muy bueno. Sin embargo, creo que hay que persistir en una estrategia como esa, para que la escolarización en general rinda frutos a mediano y largo plazo y aporte a la desactivación de procesos que han surgido de unas “culturas guerreras” y que se han insertado de manera muy fuerte en muchos sectores de la ciudad.

¿Qué pasa hoy distinto a los años noventa? Creo que necesitamos hacer más estudios cualitativos, pues hoy hay gente que está pensando que tenemos bandas de jóvenes y no, hoy tenemos bandas de gente con un promedio de edad más alto y que no tienen, como en otro tiempo, lo que llamábamos la violencia expresiva, la violencia simbólica, el enfrentamiento por un territorio. Entonces uno identifica un barrio de Medellín donde hay una banda y, si le hace el seguimiento completo, uno se da cuenta que tiene una gran cantidad de fuentes de enriquecimiento ilícito en esa

zona, inclusive la venta de lotes piratas y la extorsión generalizada. Todo esto nos sugiere que ya estamos en otro nivel. Claro que todavía se presentan enfrentamientos entre algunos de estos grupos por el control de territorios, pero eso ya no es lo significativo; ahora, sin decir que estas bandas no utilicen a los jóvenes, no se trata de una expresión natural de éstos, como en otro tiempo cuando uno veía a chicos entre los 14 y 17 años en esas bandas, sino que hay formas de ocupación y de control del territorio muy diferentes a las pasadas.

En cuanto a las estrategias, repetiría, se debe contemplar como primer punto la agenda social y como segundo punto los cuerpos especializados que no dependen de un alcalde, sino del nivel nacional. Últimamente se puso de moda el hecho de que los alcaldes responden por el tema de la seguridad, pero ellos, por lo menos en el sistema político colombiano, no tienen fiscales ni tienen policías. Entonces se requiere que el Estado colombiano tenga una política criminal para la seguridad ciudadana, pero no la tiene, ni tiene un diseño de instrumentos. ¿Para qué esa política criminal y para qué equipos especializados? Para darle a las estructuras en las cabezas. Pero no se trata de poner a 15 o 20 en los carteles de las recompensas, sino de saber golpear sus estructuras financieras y a aquellos que son contactos definitivos en estos procesos.

Ahora, recientemente estuve en Guatemala y resulta que las zonas más pobres de ese país son las menos violentas. Habría que ver por qué, yo no tuve una explicación suficiente. Son zonas de predominancia de culturas indígenas, pero pensemos hoy en la Costa Pacífica, una zona llena de violencia, pero es la violencia que hemos llevado

de aquí para allá. ¿A dónde va mi reflexión? La agenda social no es suficiente para enfrentar los temas de violencia, hace falta ver qué es lo que está en juego. Y ahí están en deuda los antropólogos u otro tipo de disciplinas que nos deben ayudar a entender qué más se están jugando las personas y las comunidades en esas formas de violencia.

No trato de separar las cifra que produce la violencia política o la violencia de estructuras criminales, porque todo genera un ecosistema; recordemos, por ejemplo, que Caracas hoy es una de las ciudades más violentas de América Latina y ese fenómeno comenzó con el caracazo, con un cimbronazo a las instituciones deslegitimadas, después de un alza generalizada de impuestos y de fenómenos de corrupción, es decir, que agenda social sin instituciones sólidas que se anclen en esos territorios no pareciera suficiente.

El otro aspecto es la dimensión cultural en sí misma, y aunque veo gente muy joven, sé que quienes son mayores pueden entender aún más lo que voy a decir. En Medellín se gestó primero la resistencia del narcotráfico y la violencia antes que la resistencia del Estado. Primero fueron una cantidad de grupos comunitarios auto gestionados que se lanzaron a cruzar territorios que no se podían cruzar, a establecer y desestablecer anclas, sobre todo, una generación de ONGs. El Estado vino a reaccionar de una manera peculiar con la creación de la Consejería Presidencial y de ahí en adelante sucedieron buenas acciones, pero hubo unos elementos esenciales en el tema de la cultura, que fueron desarrollados por los grupos auto gestionados en esas zonas, que eran grupos culturales.

¿Qué decían estos grupos cuando íbamos a hacer el programa de *Arriba mi barrio*? Uno, como parte de una ONG y con cierta mentalidad de izquierda, pensaba en hablar del drama y de las problemáticas, pero ¿qué decía la gente?: “No muestren lo más pobre, muestren lo más bonito, no muestren nuestra miseria, muestren nuestras potencialidades”. ¿A dónde voy con esta reflexión? Ahora llaman a eso resiliencia y de hecho Medellín se ganó un premio por eso, se ha ganado muchos premios en los últimos tres años y eso no está mal, pero puede causar indigestión si es en exceso.

Entonces en el fondo de toda estrategia debe haber una política de movilización de las jerarquías y de las psicologías colectivas. Hay gente que dice que lo se ha hecho en Medellín es maquillaje, pero si usted monta a una persona en un Metrocable ¿cómo puede maquillar?, sí ahí está la ciudad de cuerpo entero, pero lo que sí se puede decir es que hay una forma de intervención urbana que nosotros llamamos detonantes, que fueron muy importantes para neutralizar ciertos efectos en las zonas más conflictivas del momento en la ciudad.

Para terminar, quiero comentar que yo me asombré hace poco, que me fui de anónimo, pero me descubrieron muy rápido, al recorrido que hacen los jóvenes en la comuna 13. Un escenario urbano como ese, con las escaleras eléctricas y el viaducto, no serviría como tal para nada, pero son las acciones que ellos promueven las que movilizan. Me dejaron asombrado con todo lo que hacen. Lo primero es un producto no pensado de toda esta intervención: el turismo social; todos los días recorren con gente de todas partes del mundo esa zona. Lo

segundo es que convirtieron el símbolo de comuna 13 en un símbolo comercial; usted va y encuentra camisetas, llaveros, café, y a raíz de esto hubo una irradiación en el sector, es decir, mucha gente fue mejorando los entornos por ese proceso.

**WFP** —Yo agregaría que el problema de la banda, de la organización armada o de la organización delincinencial, como las que tenemos nosotros, es que tienen una incidencia importante en el comportamiento de los sujetos que integran esas organizaciones; eso es lo que llama Milgram y algunos psicólogos sociales como efectos desinhibidores de la violencia. Los experimentos de este psicólogo se pueden ver en un documental muy interesante en Youtube que se llama “El juego de la muerte”, en el cual revive algunos de esos experimentos del siglo pasado. Milgram se preguntaba cómo Hans, un panadero inofensivo de Berlín, terminó cruzando a bayoneta a otra persona en el campo de batalla: ¿Cómo puede un sujeto llegar a actuar de esa manera? Así que los experimentos permitieron concluir que las personas actuamos como agentes cuando estamos inmersos en una organización de la fuerza, pero cuando no estamos en ese tipo de organizaciones, actuamos como sujetos autónomos y es muy difícil que apliquemos dolor sobre los demás.

Así que la importancia de la banda radica en el hecho de que desinhibe la aplicación de la violencia hasta las últimas consecuencias, pero, además, tiene la ventaja de no ser solo un tema social, sino un tema en el que hay intervención directa del sistema penal, y tiene una capacidad muy grande para operar fácilmente con los recursos financieros, pues estamos en un sistema donde se

persigue al sujeto y no a los medios con los que él puede operar, que son los recursos financieros. Finalmente tiene otra ventaja, que es un problema serio para la ciudad: la banda compite por legitimidad y prestar el servicio de seguridad en los territorios, tal cual lo hace una Junta de Acción Comunal. Esta es una legitimidad que no se soporta en una autoridad concedida, pero en una ciudad como esta, la legitimidad se adquiere, primero, prestando seguridad, lo cual instala una paradoja, y es que la gente resuelve sus problemas de seguridad acudiendo a la misma fuente de inseguridad.

Cabe aclarar que cuando hay competencia por el reconocimiento y la obediencia en una ciudad, la institucionalidad tiene problemas, es decir, no es un psiquiatra el que nos tiene que explicar por qué en los barrios se da tanto el repudio hacia la fuerza pública o por qué se producen asonadas en medio de un procedimiento judicial. Esta banda es diferente a las de los años noventa, pero sí tiene también, por lo menos, estas tres características: la lucha por la obediencia, la legitimidad y el reconocimiento. Esta competencia trae una gran consecuencia y es lo que María Teresa Uribe llamaba “órdenes sobrepuestos”, que consiste en que una organización de personas termina produciendo mandatos como si fueran normas jurídicas y tomando decisiones como si fueran decisiones políticas y la que sufre es la población. Yo siempre cito la frase de ese paisano que cuando le preguntaron: “¿Quién te gustaría que mandara aquí?”, él respondió: “Cualquiera, pero que sea uno solo, hermano”.

**JDM** —Interesante esa reflexión. Quiero volver a un tema con Alonso. Ahora señalaste que el Estado ha jugado, digamos,

un papel secundario en la resistencia a la violencia y que ha sido más la cultura y la sociedad civil las que han salido a enfrentarla; también mencionaste que carecemos de políticas nacionales que afiancen y fortalezcan lo que se hace en las ciudades y que ese es un gran vacío que tenemos, entonces los ciudadanos cuando están inmersos en la violencia están huérfanos del Estado y actúan por diferentes razones, muchas de las que tú estás destacando, porque digamos que cuando alguien está en una organización, actúa de alguna manera.

Pero yo quiero preguntarte por qué actuamos, por qué actúa nuestra gente de la forma como actúa, sabiendo que tienen esas raíces religiosas tan católicas en esta sociedad, distinto, por ejemplo, a ciudades laicas como Estocolmo, donde no hay un gran arraigo de lo religioso, pero allá realmente los problemas de violencia son mínimos; entonces por qué acá los ciudadanos no están reglados por la religión, ¿será que la religión es un acto de la intimidad, que pertenece al área de la intimidad y no al área social del comportamiento de los ciudadanos?

AS —Retomando a María Teresa Uribe, ella decía, apostando a la interpretación de la crisis que vivía Medellín, que el modelo de lo que llamamos “la antioqueñidad” había colapsado. Ese modelo tenía dos soportes: uno muy claro que era el religioso y uno no tan claro que era la ética del trabajo, pero que en la ética del trabajo se mezclaba también otras cosas. Esto era un método tan eficiente que los propios patronatos organizaban los sindicatos para catequizar a los obreros y cada proceso de urbanización que se hacía en la ciudad iba acompañado al mismo tiempo por los curas y todo lo que eso sobrevenía.

Una ciudad que creció a un ritmo acelerado, como Medellín, de los 500 mil al millón y medio de habitantes hacia finales de los 70, ya no podía funcionar con un modelo de esos, porque ese modelo requería unos niveles de contacto y de cercanía, y no hubo un Estado de relevo, que era lo que tendría que existir desde ese momento, una modernidad básica, un Estado que aplicara justicia y frente al cual los ciudadanos se sintieran, por lo menos como un pequeño Leviatán, al que le temen y se someten. Pero no, la élite no tuvo Estado sino que empezó a promover, desde finales de los 60, la limpieza social; hasta las defensas civiles las involucraron en procesos de limpieza social, y todo eso se sostuvo a lo largo de los años 70, es decir, que lo que hemos ido negando, –y eso empezó muy claramente con las élites– es la posibilidad de tener instituciones democráticas que tengan monopolio de la fuerza y que tengan la capacidad de ejercer justicia.

Me parece muy clave ese elemento porque, cuando fui nombrado Secretario de gobierno, tuve un contacto inicial con la gente de Ralito que se iba a desmovilizar, específicamente con Don Berna, y entonces la conversación fue relativamente corta y más o menos le entendí lo que dijo: “Es que necesitábamos una fuerza que estuviera por detrás, que hiciera el control de la ciudad, que de otra manera no se podía”, lo dijo así directo, sin muchos preámbulos, entonces yo le pregunté que si allá estaban grabando, yo había oído de las grabaciones, pero se sonrió y yo le dije: “No, nosotros venimos a apoyar el proceso de reinserción dentro de un marco de legalidad, dando a los muchachos oportunidad y cero con la milicia”. Pero a él le funcionaba ese modelo antes, como les

ha funcionado a otros en otro momento. Piensen ustedes si uno gobierna con un comandante de policía y con un fiscal, uno destituido y otro detenido con temas de contacto con el narcotráfico, es decir, que el tema de las instituciones es definitivo, porque son ellas las que irradian buenos comportamientos, son señales de buenas actuaciones, señales ejemplarizantes o pueden irradiar absolutamente lo contrario.

Avanzamos mucho en tener presencia en los territorios y entidades del Estado, estaciones de policía, comisarías de familia, puestos de policía directamente, pero si los inspectores y los policías y todo estos están actuando irregularmente no nos sirven, porque los otros son mucho más eficientes en este tema de crear un ambiente de inseguridad, para después vender la seguridad; ¿qué quiero decir con esto?, y escuchando a William Fredy quedo muy convencido de que empezamos por la pregunta ¿por qué nos matamos?, y la pregunta sería ¿por qué estamos con una sociedad así?

Miren el caso de Bello hoy, ya no se trata de un grupo que tiene nexos con políticos, sino de un grupo criminal que tiene controlado un municipio, ¿entienden esa dimensión?, y Bello no es una parroquia, tiene 500 mil habitantes. Tiene unos fenómenos de corrupción tan profundos que ya esa distancia de políticos y lo que llamamos formalmente criminales, se ha ido disolviendo y se ha establecido un sistema con una eficiencia extraordinaria, que es la redistribución de la corrupción.

Vemos a un señor que hizo una campaña muy exitosa, no estaba en la calle y nos preguntábamos cómo podía ganar las elecciones si no estaba allí, pero es que

hacía reuniones y se encontraba con los líderes, a quienes les daba la plata que tendrían que entregarle a su vez a los líderes de segundo, tercer y cuarto nivel, y eso es lo que hará funcionar estas elecciones que vienen o está funcionando en general hoy en todo el país.

Por eso la violencia de barrio hoy tiene que ser pensada de distinta manera, porque esos mismos grupos que están muy organizados, por ejemplo, acceden de manera corrupta al presupuesto participativo —y el presupuesto participativo que era una iniciativa muy progresista y de estímulo a las organizaciones sociales—, hoy tiene un problema muy tremendo y es que esas bandas han constituido ONGS o tienen testaferros a través de los cuales se quedan con ese presupuesto, comportamiento que habría que modificar con suprema urgencia. El tema es de fondo, porque entonces ¿qué tipo de instituciones tenemos que nos den garantía de inversión social y de más transparencia?, es un tema muy preocupante este asunto.

**JDM** —También creo que el tema de la religión está muy claro en María Teresa, considero que hay que volver a leerla y recuperar mucho su pensamiento.

**AS** —María Victoria Uribe, que es otra antropóloga, resumió muy bien esa dimensión, diciendo que tenemos una religión católica pero éticamente pagana, sobre un estudio que hizo en la zona esmeraldera, donde los esmeralderos se matan y van y le ofrecen después a la virgen de Chiquinquirá el éxito de la muerte.

**JDM** —Creo que la muerte es una figura que habla mucho de la sociedad colombiana, es un poco macabro hablar de la muerte y después hablar de la vida, pero la forma como concebimos el descanso, el fin de la vida, eso

también nos atraviesa mucho a nosotros. William Fredy ¿querías anotar algo?

**WFP** — Cuando me refiero a la competencia por la obediencia, esa es justo una de las armas que tiene la estatalidad, la institucionalidad entre nosotros, y es que cada caso de corrupción, cada contacto con un representante del Estado en el que se exceda el uso de la fuerza, cuando se maltrata un ciudadano, es una pérdida de puntos frente al competidor por la autoridad y por la seguridad en el barrio; es decir, que al final un ciudadano se asusta cuando empieza a ver una banda con rasgos tan parecidos a los del Estado, como cobrar impuestos y prestar “seguridad”. En muchos sectores, es una exageración, pero las personas no logran distinguir al Estado de una banda de ladrones, esto por supuesto, se refiere a comportamientos específicos, y ahí el Estado pierde mucho y gana bastante el competidor. Y en Medellín, en particular, el Estado tiene competidores muy serios en los barrios que han ejercido el monopolio de la violencia, por supuesto, con todas las arbitrariedades.